

recidas es imposible revivirlas....

Con respecto al instante decisivo, el fotógrafo es el único que percibió y organizó la escena en su visor tal como la muestra, es un instante en el que el fotógrafo debe poner ojo, cabeza y corazón, todo eso justo en el momento de obturar la cámara, el disparo.

Es bueno saber que ante una misma realidad, dos fotógrafos no ven lo mismo y no actúan de la misma manera, ya que en el acto fotográfico intervienen también la experiencia, la sensibilidad, la cultura, el *background* de cada persona y cada uno y estos elementos no están relacionados necesariamente con la fotografía, ese instante es cruelmente decisivo.

La perfección, la plenitud buscada por el fotógrafo en la imagen da la realidad y no se reproduce nunca de la misma manera.

Se podría decir que la fotografía es antes que nada, una manera de mirar y no la mirada misma.

Es la manera ineludiblemente “moderna” de mirar: pre-dispuesta a favor de los proyectos de descubrimiento e innovación.

La manera moderna de mirar es ver fragmentos. Se tiene la impresión de que la realidad es una esencia ilimitada y el conocimiento no tienen fin.

Mirar la realidad a la luz de determinadas ideas unificadoras tiene la ventaja innegable de darle contorno y forma a nuestras vivencias. Lo que nos libera se nos dice, es notar cada vez más cosas.

En la manera de mirar moderna, la realidad es sobre todo apariencia, lo cual es siempre cambiante.

Una fotografía registra lo aparente. El registro de la fotografía es el registro del cambio, de la destrucción del pasado.

Puesto que somos modernos (si tenemos la costumbre de ver fotografías somos, por definición modernos), sabemos que todas las identidades son construcciones. La única realidad irrefutable y nuestro mejor indicio de identidad – es cómo aparece a la gente.

Las fotografías son básicamente detalles, un número infinito de detalles. Las fotografías se parecen a la vida. Ser moderno es vivir hechizado, por la salvaje autonomía del detalle.

No hay fotografía definitiva.

El aporte de las tecnologías al pensamiento crítico

María Rosa Rago

Actualmente los alumnos desde las nuevas tecnologías pueden apelar a muchas herramientas que ayudan al docente a gestionar clases aun más dinámicas. Por ejemplo, aplicar la tecnología a diversas asignaturas, desde la escucha de fragmentos de entrevistas o discursos, además de poder analizar publicidades desde YouTube o utilizar videos de la cumbre del G20, para asignaturas tales como ceremonial y protocolo.

Todas estas formas de expresión en tecnologías nos brindan elementos actuales de análisis educativos. Estos son algunos ejemplos que ilustran el intercambio y el dinamismo que se puede utilizar en el espacio áulico,

para generar debate y de esa manera fomentar el pensamiento crítico.

Es importante escuchar al alumno, quien puede aportar desde las nuevas tecnologías, enfoques y aun perspectivas más amplias. Además, muchos de los educandos participan en foros o tienen sus propios *blogs*, lo cual consideramos desde la docencia enriquecedor sí es bien utilizado y adaptado a la carrera del futuro profesional. El pensamiento crítico y abstracto son dos puntos de encuentro entre el alumno y su salida al mercado. Entender y comprender de forma sintética y clara los conceptos, ayudará a poder discernir ante la información en la red. Además de discriminar entre lo que le será útil y lo que es descartable.

El alumno formado en un espacio áulico en el cual no sólo se debata acerca del uso de las herramientas tecnológicas, sino que además las incorpore, se encontrará favorecido en su aprendizaje, debido a que esta es una forma de forjar conocimientos más sólidos y adecuados para las nuevas generaciones.

La conceptualización de los conceptos y de la terminología propia de la profesión que el alumno ejercerá en un futuro próximo, no es atribuible específicamente a un espacio virtual que haga más amena su incorporación, sino a un docente capaz de guiar a los alumnos en sus búsquedas para que logren los objetivos planteados inicialmente y puedan desarrollar una capacidad superior de análisis de las diversas temáticas que se les planteen a lo largo del curso.

Un alumno criterioso en el aula, será seguramente un profesional que generará proyectos adecuados en cualquier ámbito en el que interactúe. Debido a que si bien la fortaleza que incorporan las nuevas tecnologías no tiene relación con el criterio, sino que el criterio y la base de decisión está posada en quien busca la información o la genera.

Un profesional con poder de decisión, ha sido seguramente un alumno que ha desarrollado un aprendizaje crítico en el aula.

El aprendizaje crítico es una gran herramienta para un futuro con tanta información, es por ello, que el *abstract* es un instrumento fundamental para la incorporación del conocimiento.

En una era de tanta simplificación laboral en la reducción de las búsquedas de la información, es necesario considerar que un aprendiz debe utilizar diversas formas de adquisición fidedigna de la información, ya que en algunas oportunidades nos encontramos en los espacios áulicos con la desvalorización conceptual de las teorías de los grandes sabidos de nuestras profesiones.

En algunos casos nos encontramos con alumnos, que nos acercan materiales que bajan de internet y de los cuales obtienen información que no es veraz y que no procesan antes de presentarla en el aula. Aquí es donde reaparece la figura del docente como orientador del aprendizaje del alumno, como guía del trabajo dentro y fuera del aula. Es claro que, son los docentes quienes deben llevar al alumno a la verdadera información que se suministra a través de los diversos buscadores de la información que les presenta internet.

Asimismo, como decíamos con antelación, el alumno debe tener un compromiso con la tarea que desarrolla

en la búsqueda de la información, desarrollando un pensamiento crítico de los conceptos que se trabajan en el aula, y sabiendo que la orientación de su búsqueda de ir en pos de una construcción favorable del conocimiento.

El espacio áulico: una mirada desde la complejidad

Beatriz Robles

Cómo enseñamos es finalmente un reflejo de por qué enseñamos.

Eliot Eisner

Uno de los grandes desafíos que tenemos los docentes en nuestra práctica cotidiana es poder indagar acerca del papel de lo grupal en el acto pedagógico. Y de qué manera resolvemos desde una situación de enseñanza-aprendizaje, las distintas variantes que se presentan en cada uno de los grupos con los que nos desenvolvemos.

Podemos definir al aula, como "... un espacio material y simbólico donde se producen formaciones grupales específicas, y singulares configuraciones de tarea. Existen además relaciones de poder y se reflejan y dramatizan las configuraciones de la dinámica institucional que la atraviesa; se organizan las relaciones con el saber, se producen procesos de aprendizaje y enseñanza, se entrecruzan y tensionan los deseos individuales y grupales, representaciones, valores, creencias y motivaciones (Souto, M, 1996). Por lo tanto la dimensión grupal es un constituyente del aula que afecta su estructura y dinámica y por consecuencia al acto pedagógico. Coincidiendo con la autora, en el proceso de enseñanza aprendizaje hay que tener presente la complejidad existente en el trabajo con grupos y no tomarlo como una, "... unidad simplificada sino múltiple, compuesta por una diversidad interna. Constituido por relaciones partes-todo en las que el todo tenga características de conjunto que le den cierta identidad pero donde también las partes conserven ciertos rasgos y caracteres propios, donde el todo no sea unificación de partes, sino unidad de interacciones, de relaciones recíprocas, de entrecruzamiento que vayan dando una organización peculiar y posibilidades de auto-organización en función de las relaciones internas y externas con el entorno social más amplio" (Souto, M, 1993). Pero además y teniendo en cuenta el paradigma de la complejidad, lo cognitivo no se reduce a lo intelectual, incluye lo colectivo, la interacción social, además de lo afectivo y lo psicosocial (Morin, E, 1996). Es por esto que se debería implementar estrategias en donde los educandos sean ellos mismos los que interactúen y exploren en su práctica. Y también considerar que la experiencia en el aula, debería ser, un espacio que permita a los estudiantes hacerse de nuevos conocimientos, para su posterior reacomodamiento. Un lugar donde el docente ceda su protagonismo al alumno, quien asumirá el papel fundamental en su formación, desde su participación y colaboración entre compañeros. Por consiguiente ellos mismos tendrán que ser

los que relacionen lo teórico con los ámbitos prácticos, situados en contextos reales.

Otro punto a considerar es que a veces encontramos agrupamientos y no grupos. En varias oportunidades tenemos en el aula a un conjunto de personas que siguen débilmente un objetivo común, con escasa participación y compromiso. Mientras que en otras situaciones, en el mejor de los casos, "... se generan espacios de interacción, una red de relaciones reales e imaginarias, unas significaciones compartidas, unas expectativas mutuas, unos sentimientos grupales, unos sentidos de pertenencia que se entrelazan dando un carácter de singularidad a cada grupo" (Souto, M. 1993).

Sabemos por experiencia que los acontecimientos que se dan en clase, son múltiples, azarosos, imprevistos, que muchas veces producen ciertas distancias, entre lo planificado y actuado, entre lo deseado y lo sucedido, como también imprevistos en las expectativas de logros.

Como postulan diversas corrientes educativas, sería necesario tener presente enfoques y perspectivas que permitan incorporar, sin reducirlas, a la incertidumbre, el azar, las paradojas y contradicciones. Estar abiertos a diferentes modelos didácticos y a distintas disciplinas para que nos faciliten una mirada integradora en la concreción del acto pedagógico.

Desde este marco conceptual, podemos inferir la difícil y compleja tarea que los docentes realizamos a diario, y que por lo tanto nos obliga a tener una gran capacidad de adaptación a los diferentes grupos.

La escritura y la oralidad desde una estrategia grupal

En la materia Comunicación Oral y Escrita, existen distintas variables que entran en juego en la práctica pedagógica. Por un lado el gran desafío que se presenta a la hora de encontrar estrategias de enseñanza-aprendizaje de la escritura y lectura de los alumnos. Sabemos que, como sostiene L. Vygotsky, "... el lenguaje y a través de él la cultura, tiene una influencia decisiva en el desarrollo individual". Y además que "la enseñanza es mucho más que un proceso de índole técnica. No puede ser aislada de la realidad en la que surge. Es también un acto social, histórico y cultural que se orienta a valores en el que se involucran sujetos" (Martín-Barbero, J, 2001).

Jerome Bruner nos recuerda en sus escritos que existen dos modos complementarios e irreducibles de conocer: el lógico-científico y el narrativo. El primero está signado por la verdad, el segundo por la verosimilitud, y cada uno provee formas distintivas de ordenar la experiencia y de construir la realidad. Pero también destaca este autor que "... si la narración se va a convertir en un instrumento de la mente al servicio de la creación de significado, requiere trabajo de nuestra parte: leerla, hacerla, analizarla, entender su arte, percibir sus usos, discutirla".

Como lo reconocemos por experiencia, los materiales didácticos y las herramientas tecnológicas no garantizan por sí solas la construcción del conocimiento. Ya que para lograrlo es preciso proporcionar un entorno que facilite la interacción social, la correcta utilización de los medios y la experimentación.

Una estrategia que me sirvió este último tiempo, des-